

# SEMANA MISIONERA HOSPITALARIA

18-24 de octubre de 2021



No podemos menos de contar lo que hemos visto y oído.



Testigos y profetas de hospitalidad



## MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2021

Sintesi del discurso di Papa Francesco

Queridos hermanos y hermanas

Cuando experimentamos la fuerza del amor de Dios, cuando reconocemos su presencia de Padre en nuestra vida personal y comunitaria, no podemos dejar de anunciar y compartir lo que *hemos visto y oído*. La relación de Jesús con sus discípulos, su humanidad que se nos revela en el misterio de la encarnación, en su Evangelio y en su Pascua nos hacen ver hasta qué punto Dios ama nuestra humanidad y hace suyos nuestros gozos y sufrimientos, nuestros deseos y nuestras angustias (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22). Todo en Cristo nos recuerda que el mundo en el que vivimos y su necesidad de redención no le es ajena y nos convoca también a sentirnos parte activa de esta misión: «Salgan al cruce de los caminos e inviten a todos los que encuentren» (Mt 22,9). Nadie es ajeno, nadie puede sentirse extraño o lejano a este amor de compasión.

La historia de la evangelización comienza con una búsqueda apasionada del Señor que llama y quiere entablar con cada persona, allí donde se encuentra, un diálogo de amistad (cf. Jn 15,12-17). Los apóstoles son los primeros en dar cuenta de eso. La amistad con el Señor, verlo curar a los enfermos, comer con los pecadores, alimentar a los hambrientos, acercarse a los excluidos, tocar a los impuros, identificarse con los necesitados, invitar a las bienaventuranzas, enseñar de una manera nueva y llena de autoridad, deja una huella imborrable, capaz de suscitar el asombro, y una alegría expansiva y gratuita que no se puede contener.

Sin embargo, los tiempos no eran fáciles; los primeros cristianos comenzaron su vida de fe en un ambiente hostil y complicado. Historias de postergaciones y encierros se cruzaban con resistencias internas y externas que parecían contradecir y hasta negar lo que habían visto y oído; pero eso, lejos de ser una dificultad u obstáculo que los llevara a replegarse o ensimismarse, los impulsó a transformar todos los inconvenientes, contradicciones y dificultades en una oportunidad para la misión. Los límites e impedimentos se volvieron también un lugar privilegiado para ungir todo y a todos con el Espíritu del Señor. Nada ni nadie podía quedar ajeno a ese anuncio liberador.

Así también nosotros: tampoco es fácil el momento actual de nuestra historia. La situación de la pandemia evidenció y amplificó el dolor, la soledad, la pobreza y las injusticias que ya tantos padecían y puso al descubierto nuestras falsas seguridades y las fragmentaciones y polarizaciones que silenciosamente nos laceran. Los más frágiles y vulnerables experimentaron aún más su vulnerabilidad y fragilidad. Hemos experimentado el desánimo, el desencanto, el cansancio, y hasta la amargura conformista y desesperanzadora pudo apoderarse de nuestras miradas. Pero nosotros «no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesús como Cristo y Señor, pues no somos más que servidores de ustedes por causa de Jesús» (2 Co 4,5). Por eso sentimos resonar en nuestras comunidades y hogares la Palabra de vida que se hace eco en nuestros corazones y nos dice: «No está aquí: ¡ha resucitado!» (Lc 24,6)

En este tiempo de pandemia, ante la tentación de enmascarar y justificar la indiferencia y la apatía en nombre del sano distanciamiento social, urge *la misión de la compasión* capaz de hacer de la necesaria distancia un lugar de encuentro, de cuidado y de promoción. «Lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20), la misericordia con la que

hemos sido tratados, se transforma en el punto de referencia y de credibilidad que nos permite recuperar la pasión compartida por crear «una comunidad de pertenencia y solidaridad, a la cual destinar tiempo, esfuerzo y bienes» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 36).

Jesucristo verdaderamente vive» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 275) y nos quiere también vivos, fraternos y capaces de hospedar y compartir esta esperanza. En el contexto actual urgen misioneros de esperanza que, ungidos por el Señor, sean capaces de recordar proféticamente que nadie se salva por sí solo.

El lema de la Jornada Mundial de las Misiones de este año, «**No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído**» (*Hch 4,20*), es una invitación a cada uno de nosotros a “hacernos cargo” y dar a conocer aquello que tenemos en el corazón. Esta misión es y ha sido siempre la identidad de la Iglesia: «Ella existe para evangelizar» (S. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 14).

La vocación a la misión no es algo del pasado o un recuerdo romántico de otros tiempos. Hoy, Jesús necesita corazones que sean capaces de vivir su vocación como una verdadera historia de amor, que les haga salir a las periferias del mundo y convertirse en mensajeros e instrumentos de compasión. Y es un llamado que Él nos hace a todos, aunque no de la misma manera. Recordemos que hay periferias que están cerca de nosotros, en el centro de una ciudad, o en la propia familia. También hay un aspecto de la apertura universal del amor que no es geográfico sino existencial. Siempre, pero especialmente en estos tiempos de pandemia es importante ampliar la capacidad cotidiana de ensanchar nuestros círculos, de llegar a aquellos que espontáneamente no los sentiríamos parte de “mi mundo de intereses”, aunque estén cerca nuestro (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 97).

Que María, la primera discípula misionera, haga crecer en todos los bautizados el deseo de ser sal y luz en nuestras tierras (cf. *Mt 5,13-14*).

Lenguas ya traducidas: DE - EN - ES - FR - IT - PL - PT

[https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/missions/documents/papa-francesco\\_20210106\\_giornata-missionaria2021.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/missions/documents/papa-francesco_20210106_giornata-missionaria2021.html)

**Día 18 de octubre, lunes**

Evangelii gaudium

### **Motivaciones para un renovado impulso misionero**

Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón. Esas propuestas parciales y desintegradoras sólo llegan a grupos reducidos y no tienen fuerza de amplia penetración, porque mutilan el Evangelio. Siempre hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad[205]. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración, y me alegra

enormemente que se multipliquen en todas las instituciones eclesiales los grupos de oración, de intercesión, de lectura orante de la Palabra, las adoraciones perpetuas de la Eucaristía. Al mismo tiempo, «se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la Encarnación»[206]. Existe el riesgo de que algunos momentos de oración se conviertan en excusa para no entregar la vida en la misión, porque la privatización del estilo de vida puede llevar a los cristianos a refugiarse en alguna falsa espiritualidad.

Es sano acordarse de los primeros cristianos y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una gran resistencia activa. Hay quienes se consuelan diciendo que hoy es más difícil; sin embargo, reconozcamos que las circunstancias del Imperio romano no eran favorables al anuncio del Evangelio, ni a la lucha por la justicia, ni a la defensa de la dignidad humana. En todos los momentos de la historia están presentes la debilidad humana, la búsqueda enfermiza de sí mismo, el egoísmo cómodo y, en definitiva, la concupiscencia que nos acecha a todos. Eso está siempre, con un ropaje o con otro; viene del límite humano más que de las circunstancias. Entonces, no digamos que hoy es más difícil; es distinto. Pero aprendamos de los santos que nos han precedido y enfrentaron las dificultades propias de su época. Para ello, os propongo que nos detengamos a recuperar algunas motivaciones que nos ayuden a imitarlos hoy [207].

Lenguas ya traducido el texto: EN - ES - FR - DE - IT - PL - PT

[https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20131124\\_evangelii-gaudium.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html)

**Día 19 de octubre, martes**

**Hospitalidad en misión**

Textos de las circulares de sor Anabela Moreira, Superiora general Hospitalarias del S.C. Jesús.

Conscientes de que la calidad de vida fraterna es un pilar fundamental de nuestro vivir hospitalario y también una forma concreta de evangelizar, Anabela Moriera, nos invita a no dejarnos “robar el entusiasmo misionero, cayendo en una vida espiritual que no alimenta el encuentro con los demás, el compromiso con el mundo, la pasión evangelizadora; en una oración en que se van acentuando el individualismo, la crisis de identidad y la caída de fervor; en un relativismo práctico donde la fe y los criterios del evangelio no tienen incidencia en la vida y en las opciones cotidianas.

Resucitemos a esa vida nueva que nos lleva a acoger la misericordia de Dios, en la experiencia de intimidad con Jesús, y a hacerla vida en nuestras palabras y gestos de hospitalidad.

Resucitemos a esa vida nueva que, más allá de nuestras limitaciones, nos desafía a vivir con pasión la “hermosa vocación de caridad” que se nos ha regalado (Cong. 29/2018).

De la fuente de Agua viva para el mundo... es la segunda parte de la súplica que hacemos en el Acordaos; suplicamos que derrame sobre el mundo la esperanza y la salvación, la justicia y la paz, dones que me atrevo a cambiar por el consuelo, la esperanza y la hospitalidad, teniendo en cuenta la realidad que vivimos a nivel mundial y congregacional.

El Señor derrama con abundancia esos dones de su corazón sobre la humanidad, pero quiere servirse de nosotras, tanto a nivel personal como congregacional, para ser “instrumentos” de su concreción; la súplica debe hacerse “carne” en nosotras, en nuestras palabras, gestos, sentimientos, en nuestra vida. Eres llamada a ser instrumento de consuelo, de esperanza y de hospitalidad; asimismo, la Congregación en las entrelíneas de sus desafíos y esperanzas, está llamada hoy a testimoniar el consuelo, la esperanza y la hospitalidad.

En este sentido, además de lo que sencillamente comparto, quiero invitar a cada comunidad a reflexionar en las formas, concretas y creativas, de vivir el consuelo, la esperanza y la hospitalidad, ad intra o sea, en nuestros ambientes comunitarios y en las obras hospitalarias, y ad extra, con aquellas personas con quienes nos encontramos.

Ante las situaciones de sufrimiento que laceran la humanidad y que nosotras, por nuestra vocación samaritana, tocamos muy de cerca, urge que seamos mujeres capaces de consolar, de ser testigos de la misericordia y de la ternura del Señor; pero, como nos recuerda el Papa Francisco, “sólo podremos ser portadores si nosotros experimentamos antes la alegría de ser consolados por Él, de ser amados por Él. ¡Esto es importante para que nuestra misión sea fecunda: sentir la consolación de Dios y transmitirla!”.

Como expresiones concretas de consuelo acentúo, particularmente, la cercanía y el cuidado, expresión de que el otro y su realidad son más importantes que nosotras mismas y que su sufrimiento no nos deja indiferentes; la escucha y la acogida, permitiéndole sentirse en casa y comunicar, verbalmente o no, sus angustias y esperanzas, sus deseos y desalientos, sus tristezas y alegrías; la presencia amable y silenciosa, que no usa palabras vacías, pero sabe “estar con”, siendo bálsamo sanador cuando el dolor se hace fuerte y, a veces, insoportable.

Podemos percibir la llamada a ser “artesanas de hospitalidad”, tejiendo, en nuestras relaciones y en el servicio apostólico, gestos samaritanos que nos configuran y sellan nuestro ser testigos de Jesús compasivo y misericordioso.

El Documento capitular presenta varias concreciones de este “ser artesanas de hospitalidad”, de “practicar la hospitalidad, pero me atrevo a compartir tres aspectos que considero importantes para nuestro hoy: el servicio humilde y alegre, tanto a nuestras hermanas de comunidad como en los trabajos apostólicos que nos son confiados; la disponibilidad para el envío anteponiendo a mis intereses y gustos, los de la misión y del reino; la gratuidad en llevar las unas las cargas de las otras (cf. Gal 6,2). Cong 44/2020

*Ver al final el anexo 1, donde se puede encontrar traducido a italiano, francés, inglés y portugués.*

**Día 20 de octubre, miércoles.**

**En misión de misericordia y hospitalidad “hoy”**

Nos encontramos en la sociedad del movimiento, de la globalización. Vivimos en sociedades multiculturales, que nos hacen descubrir y sentir el pluralismo. Se nos pide tolerancia con lo diverso, con lo extraño. Esta situación nos hace ver que ya no hay bloques compactos, homogéneos, que ya no hay realidades totalmente definidas y delimitadas; nos sorprendemos al constatar cómo lo propio se hace extraño y lo inicialmente extraño pasa al ámbito de lo propio. Las sociedades complejas exigen una mayor sensibilidad para atender a las exclusiones que la afirmación excesiva de la identidad o cualquier orden social original.

Las situaciones perversas de nuestro mundo son de sobra conocidas. El número de pobres y marginados no disminuye, sino que crece, a pesar de las nuevas tecnologías y los procesos de globalización. La concepción sagrada del ser humano cede ante los ídolos a los cuales las sociedades modernas se postran y a los cuales rinden culto. La educación que la sociedad (medios de comunicación, ambiente socio-económico) ofrece a las nuevas generaciones, no pone de relieve el valor de la hospitalidad, sino que más bien privilegia el individualismo, la visión materialista y hedonista de la vida.

El rápido crecimiento de la población hace surgir nuevos desafíos: desarraigos de las familias, urbanización, insostenible explotación de los recursos disponibles y accesibles para llegar a las grandes necesidades de la población. Parece que en no pocos lugares y personas la humanidad ha perdido el sentido de la sacralidad de la vida: guerras fratricidas, violencia contra las mujeres indefensas, explotación de niños inocentes, el capitalismo inhumano que amplía cada vez más el abismo entre ricos y pobres. Hay un gran desnivel entre un 30% de seres humanos que viven en la opulencia material y un 70% condenado a persistir en la pobreza y en la privación de los elementos básicos de la vida.

Las actitudes de acogida y reconocimiento, de servicio y de solidaridad (¡hospitalidad!) de nuestros contemporáneos manifiestan todo su esplendor en múltiples instituciones e iniciativas: voluntariados, ONGs, instituciones sociales del más variado tipo, ejércitos de paz, movimientos a favor de la justicia, de la ecología, de la dignidad humana, rechazo de todo tipo de xenofobia, etc. También hay muchos pueblos en la tierra que conservan sus preciosas tradiciones de hospitalidad, como uno de los valores más preciados. Es verdad, por otra parte, que en estos pueblos el valor de la hospitalidad está en un cierto declive a causa del valor –todavía más fundamental– de la seguridad; la inseguridad a causa de la violencia, las guerras, los crímenes, el terrorismo, es tan amenazante, que los valores tradicionales de hospitalidad se ven muy resentidos.

Ella quiere estar a la altura de los tiempos y responder con nuevo vigor a su vocación específica, ofreciendo ámbitos en los que la organización, la profesionalidad, la técnica y la humanización se conjugan y armonizan con actitudes y gestos de acogida, servicio, solidaridad y sanación del sufrimiento físico y moral.

Camino de Hospitalidad al estilo de San Juan de Dios.

Se encuentra en 7 idiomas. <https://www.ohsjd.org/Objects/Pagina.asp?ID=1407>

**Día 21 de octubre jueves,**

**Inculturación.**

Stephen Bevans, SVD Sociedad del verbo divino

A lo largo de la historia de la iglesia ha habido muchos cristianos proféticos que han practicado de alguna manera lo que hoy llamamos “inculturación.” Pedro y Pablo, el mártir Justino, Francisco de Asís, Clara, Ramón Lull, Mateo Ricci, Martin Luther King, la Madre Teresa, Roland Allen y Charles de Foucauld, no son más que unos pocos nombres de una larga letanía.

Los misionólogos, particularmente los especializados en historia de la iglesia, han destacado últimamente el aporte importante que estas figuras han dado a la historia de la iglesia y al desarrollo de la teología. Pero mientras se puede decir que de alguna manera la iglesia siempre ha practicado la inculturación, lo que se entiende hoy por inculturación no es algo limitado a algunos hombres y mujeres que viven “al margen”, en situaciones de peligro, sino una parte integrante de la auténtica comunicación del evangelio. “Podéis, y debéis, tener un cristianismo africano”, proclamaba Pablo VI en 1969. La “contextualización . . . no es simplemente una cosa bonita”, escribe el misionólogo evangélico David Hesselgrave. “Es una necesidad”.

El hecho de que la inculturación ocupe un lugar central en la misionología de hoy se debe a que la teología y la espiritualidad comenzaron a reconocer el papel fundamental de la experiencia en la vida humana. Tradicionalmente, la teología se concebía como una reflexión de la fe sobre la Escritura y la Tradición. Había una sola teología, válida siempre y en todas partes. Cuando la teología comenzó a reconocer el viraje antropológico que tanto ha marcado la conciencia occidental moderna, la experiencia adquirió un papel cada vez más influyente en ella. Pero no es que la experiencia se haya añadido simplemente a las fuentes tradicionales. El giro antropológico reveló el hecho de que la Escritura y la Tradición estaban influenciadas por las experiencias de mujeres y hombres que vivieron en determinados contextos temporales, geográficos y culturales. Y así la experiencia ha adquirido un valor normativo que no había tenido en el pasado.

Ahora reconocemos que la teología de occidente era un producto limitado, contextual, de un determinado conjunto de experiencias. Cada época y cada cultura tienen su validez, y necesitan reflexionar su fe en sus propios términos: necesitan utilizar sus propias lentes para interpretar la Escritura, las formulaciones doctrinales del pasado, las prácticas éticas, y las costumbres litúrgicas. Toda la experiencia del pasado (Escritura y Tradición) y la experiencia del presente (contexto) pueden interactuar en diversas maneras condicionadas por circunstancias particulares y convicciones teológicas, pero que la fe cristiana tenga que comprometerse auténticamente con el contexto es simplemente un imperativo misionológico.<sup>29 R</sup>

[https://www.cppsmissionaries.org/download/mission/Temas\\_Y\\_Preguntas\\_En\\_La\\_Misionologia\\_De\\_HoyBevans\\_Sp.pdf](https://www.cppsmissionaries.org/download/mission/Temas_Y_Preguntas_En_La_Misionologia_De_HoyBevans_Sp.pdf)

**Día 22 de octubre, viernes**

**Papa Francisco nuevas formas de solidaridad**

El principal mensaje de esperanza que quiero compartir con ustedes es precisamente este: se trata de problemas solucionables y no de ausencia de recursos.

Un mundo rico y una economía vibrante pueden y deben acabar con la pobreza. Se pueden generar y estimular dinámicas capaces de incluir, alimentar, curar y vestir a los últimos de la sociedad en vez de excluirlos. Debemos elegir qué y a quién priorizar: si propiciamos mecanismos socioeconómicos humanizantes para toda la sociedad o, por el contrario, fomentamos un sistema que termina por justificar determinadas prácticas que lo único que logran es aumentar el nivel de injusticia y de violencia social. El nivel de riqueza y de técnica acumulado por la humanidad, así como la importancia y el valor que han adquirido los derechos humanos, ya no permite excusas. Nos toca ser conscientes de que todos somos responsables. Esto no quiere decir que todos somos culpables, no; todos somos responsables para hacer algo.

Una nueva ética supone ser conscientes de la necesidad de que todos se comprometan a trabajar juntos para cerrar las guaridas fiscales, evitar las evasiones y el lavado de dinero que le roban a la sociedad, como también para decir a las naciones la importancia de defender la justicia y el bien común sobre los intereses de las empresas y multinacionales más poderosas —que terminan por asfixiar e impedir la producción local—. El tiempo presente exige y reclama dar el paso de una lógica insular y antagónica como único mecanismo autorizado para la solución a los conflictos, a otra lógica, capaz de promover la interconexión que propicia una cultura del encuentro, donde se renueven las bases sólidas de una nueva arquitectura financiera internacional.

En este contexto donde el desarrollo de algunos sectores sociales y financieros alcanzó niveles nunca antes vistos, qué importante es recordar las palabras del Evangelio de Lucas: «Al que mucho se le da, se le exigirá mucho» (12,48). Qué inspirador es escuchar a san Ambrosio, quien piensa con el Evangelio: «Tú [rico] no das de lo tuyo al pobre [cuando haces caridad], sino que le estás entregando lo que es suyo. Pues, la propiedad común dada en uso para todos, la estás usando tu solo» (*Naboth* 12,53). Este es el principio del destino universal de los bienes, la base de la justicia económica y social, como también del bien común.

Celebramos la oportunidad de sabernos copartícipes en la obra del Señor que puede cambiar el curso de la historia en beneficio de la dignidad de cada persona de hoy y de mañana, especialmente de los excluidos y en beneficio del gran bien de la paz. Nos esforzamos juntos con humildad y sabiduría para servir a la justicia internacional e intergeneracional. Tenemos una esperanza ilimitada en la enseñanza de Jesús de que los pobres en espíritu son bendecidos y felices, porque de ellos es el Reino de los cielos (cf. *Mt* 5,3) que comienza ya aquí y ahora.

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN EL SEMINARIO “NUEVAS FORMAS DE SOLIDARIDAD” ORGANIZADO POR LA PONTIFICIA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES 5 de febrero de 2020

**Día 23 de octubre, sábado.**

**Un tiempo desafiado.**

Durante los meses de la emergencia por el coronavirus, todos hemos oído decir, al menos una vez: “ya nada será como antes”, aunque, en el fondo de nuestro corazón todos hemos imaginado y esperado que todo volverá a ser como antes, e incluso que podremos recuperar el tiempo y los recursos, para volver a la situación anterior, al menos volviendo a ocupar las posiciones anteriores.



A partir de ahora, tendremos que compartir al menos algunos interrogantes: ¿Qué hemos aprendido de este tiempo y a la vez, ¿Qué cambios se están dando y cómo podemos imaginar el mañana de nuestras comunidades? ¿Qué testimonio podemos ofrecer como indicador de profecía?

Profecía y testimonio requieren una implicación en una acción pastoral responsable, intentando acoger, discernir y comprometerse en lo “nuevo” que en cualquier caso este tiempo lleva consigo, teniendo en cuenta de que ningún tiempo es ajeno a la acción del Espíritu. A nos ser que consideremos este momento como un bache en el camino que hay que poner entre paréntesis y que no se debe considerar como tiempo de vida y de vida eclesial. Sin embargo, hoy más que nunca, respecto a las últimas décadas, nos ha tocado experimentar la marginalidad de la Iglesia y, antes incluso, la expresión comunitaria de la vida de fe de las personas.

Evitando polémicas estériles y asumiendo con responsabilidad nuestro vivir en el contexto social y global que nos corresponde, hoy en día tenemos la posibilidad, única en cierto modo, de poder traducir en realidad un sueño pastoral cultivado desde hace tiempo. Se puede ir a construir lo nuevo, respecto a lo que llevamos tanto tiempo diciendo, sobre muchos aspectos de nuestra vida eclesial: desde la necesidad de aligerar nuestra “obesidad pastoral”, hasta la exigencia de entregar lo esencial, también del anuncio, al repensar el camino formativo a la vida cristiana, al cómo construir comunidades a medida del Evangelio, a un renovado estilo en las relaciones, a un repensar las figuras ministeriales, además de las de los presbíteros, a recuperar una calidad celebrativa, a madurar espacios reales de proximidad a la heridas de la vida ...

Como ocurre con todas las oportunidades sin embargo, podemos rechazarlas o acogerlas, asumiéndolas e invirtiendo en ellas. También como comunidad eclesial estamos llamados a hacerlo, sin ponernos en una actitud de espera.

Tenemos que reconocer, con la misma franqueza, que la fatiga de meternos en lo nuevo que nos espera revela, como es lógico, también nuestras fatigas anteriores. No falta en efecto, el riesgo de ofrecer substitutos , en lugar de realizar una reflexión más comprometida para vislumbrar juntos nuevos caminos por recorrer. A menudo nos conformamos con simples subrogados que en realidad revelan nuestra fatiga a la hora de construir verdaderas acciones pastorales.

Por supuesto que nadie niega que hemos hecho lo posible con lo sabíamos hacer, pero nadie debe distraerse de lo que hemos entregado y estamos realmente entregando.

Por eso, interrogarnos sobre la relación fecunda que existe entre profecía y testimonio y dejarnos educar por este tiempo puede permitirnos sacar y entregar palabras del Evangelio, más audibles porque más comprensibles, todos lo anhelamos,.

Sí, los profetas para ser tales deben ser necesariamente testigos de una historia generada constantemente por la fidelidad de Dios, al igual que cualquier testigo para decir la verdad sobre lo que ha conocido debe ser inevitablemente un profeta, uno que anticipa con la narración de su propia experiencia algo posible para todos, audible por todos.

Si el profeta escruta el futuro lo hace para decir una palabra cargada de significado y de valor sobre el presente. Si el testigo habla en el presente es para decir una palabra sobre los brotes que anuncian un futuro de belleza y de bondad, porque es una obra de Dios.

**PROFETAS Y TESTIGOS PERFILES DE UN MISMO ROSTRO**

de Padre Ezio Falavegna Párroco de Verona, profesor de teología pastoral de la Facultad Teológica del Triveneto, miembro del Equipo de formación de la Fundación Missio

<https://www.missioitalia.it/wp-content/uploads/2021/05/Relazione-don-Ezio-Falavegna.pdf>

## **Día 24 de octubre domingo**

### **TESTIGOS Y PROFETAS**

Estamos llamados a mirar este tiempo que vivimos y la realidad que nos rodea con una mirada de confianza y de esperanza. Estamos convencidos, de que en medio de la pandemia y de las consiguientes crisis que nos acompañarán por mucho tiempo aun, el Señor nunca nos abandona y sigue acompañándonos. El Reino de Dios no es sólo una promesa para un futuro que sentimos aun demasiado lejano. Su Reino ya se ha inaugurado, ya es el presente: sabemos leer sus signos y, como auténticos misioneros, lo damos a conocer para que sea para todos una esperanza regeneradora.

También el mensaje del Papa Francisco para la Jornada Misionera Mundial nos exhorta a ser testigos y profetas, con el mismo valor que Pedro y Juan, quienes, ante los jefes del pueblo y los ancianos, no temieron decir: «Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído» (Hechos 4,20). El Papa Francisco dice: “En el contexto actual hay una necesidad urgente de misioneros de esperanza que, ungidos por el Señor, sean capaces de recordar proféticamente que nadie se salva solo. Como los Apóstoles y los primeros cristianos, también nosotros decimos con todas nuestras fuerzas: « Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído» (Hechos 4,20)”. Y más adelante Papa Francisco añade: “Los primeros cristianos, lejos de caer en la tentación de encerrarse en una élite, se sintieron atraídos por el Señor y por la vida nueva que El ofrecía para ir entre las gentes y testimoniar lo que habían visto y escuchado: el Reino de Dios está cerca. Lo hicieron con la generosidad, la gratitud y la nobleza propias de quienes siembran sabiendo que otros comerán el fruto de su empeño y sacrificio. Por eso me gusta pensar que «incluso los más débiles, limitados y heridos pueden ser [misioneros] a su manera, porque hay que permitir siempre que el bien sea comunicado, incluso si coexiste con muchas fragilidades”.

<https://www.missioitalia.it/ottobre-missionario-2021-ecco-il-materiale-a-disposizione-di-diocesi-parrocchie-comunita-cristiane/>